

Novi homines

Las dificultades de Mario, *novus homo* de rango ecuestre, según Salustio

Cuando [Mario] se presentó por vez primera ante el pueblo como candidato a tribuno militar *, aunque nadie, o apenas, lo conocía de vista, su sola fama le consiguió sin esfuerzo el voto de todas las tribus. Cuando dejó este cargo, ganó sucesivamente las siguientes magistraturas y, en todos los puestos que desempeñó, se produjo de forma tal que parecía digno de ostentar uno de mayor importancia. Empero, hasta ese tiempo -porque luego fue precisamente su ambición la que le perdió-, ningún hombre aun de tal mérito se atrevía a aspirar al consulado, pues era una época en que si bien la plebe tenía acceso a las demás magistraturas, la nobleza se reservaba ésta, que pasaba de unas manos nobles a otras. Y no había *novus homo*, por grande que fuera debido a su gloria y sus hazañas, que no fuera considerado indigno de tal honor y como ensuciado por alguna tara. (Salustio, *Guerra de Yugurta*, 63).

“Si los otros [los nobles] flaquean, vienen en su ayuda su antigua nobleza, las hazañas de sus antepasados, el favor de sus allegados por la sangre o la alianza y el gran número de sus clientes; pero yo he de poner todas mis esperanzas en mí mismo y no cuento para defenderlas sino con mi valía y mi integridad, porque lo demás no cuenta. Advierto claramente, ciudadanos, que todos los ojos están puestos en mí y que los hombres justos y honrados, que saben que mis servicios no son inútiles para la República, están a mi favor y que los nobles buscan la ocasión de echárseme encima. Por eso debo redoblar mis esfuerzos: para que no os engañen y para que fracasen en lo que maquinan. Desde mi niñez hasta hoy, he vivido de forma que me he acostumbrado a todo género de fatigas y peligros”. (Ibid., 85).

Lamentos de Cicerón frente a los *nobiles* al inicio de su carrera

“Tal vez pregunte alguien: ‘¿Vas a afrontar, entonces, un esfuerzo tan grande y unas enemistades tan enconadas de tantos hombres?’ ¡Por Hércules!, no por vocación ni gusto, ciertamente; pero no me está permitido lo mismo que a los que han nacido de linaje noble, a quienes les llegan, durmiendo, todos los favores del pueblo romano. Yo tengo que vivir en su misma ciudad con otras normas y en otras condiciones muy distintas. Me viene al pensamiento Marco Catón, un hombre lleno de prudencia y laboriosidad, quien, como pensaba que eran sus cualidades, y no su linaje, las que lo recomendaban ante el pueblo romano, queriendo que el principio de su linaje naciera y se propagara a partir de sí mismo, afrontó las enemistades de personajes muy poderosos y vivió en medio de los mayores trabajos hasta una vejez extrema con enorme gloria. Posteriormente, Quinto Pompeyo, nacido en una familia humilde y oscura, ¿acaso no alcanzó los más importantes cargos a costa de muchas enemistades y grandísimos peligros y esfuerzos por su parte? Hace no mucho vimos a Cayo Fimbria, Cayo Mario y Cayo Celio luchar, entre no pocas enemistades y fatigas, para llegar a esos cargos a los que los nobles llegaron en medio del juego y la indolencia. Esa misma es la dirección y el camino de nuestra pauta de conducta; nosotros seguimos la senda y las normas de aquellos hombres.”

“Vemos en medio de cuán enconado odio y cuán profundo rencor se desenvuelven las cualidades y la laboriosidad de los hombres nuevos a los ojos de ciertos miembros de la nobleza; vemos que, en el momento en que dejamos la vigilancia lo más mínimo, ya se han preparado las emboscadas; que, si damos algún pie a la sospecha o a la acusación, de inmediato tenemos que encajar un golpe; vemos que tenemos que permanecer en vela siempre, siempre en el esfuerzo.”

“Hay enemistades, pues soportémoslas; esfuerzo, afróntese; pues las enemistades silenciosas y encubiertas son más de temer que las declaradas y abiertas. Casi ninguno de los elementos de la nobleza apoya nuestra actividad y no nos ganaremos su benevolencia por muchos buenos servicios que prestemos. Como si estuvieran separados de nosotros por la naturaleza y por la raza, así están de distantes en sus sentimientos y en su voluntad...” (Cicerón, *Verrinas*, II, 180 y s. Trad. de J. M. Requejo, adaptada).

* Los tribunos militares eran, en origen, elegidos por el pueblo (*tribuni militum a populo*, a diferencia de los *tribuni militum rufuli*, que existieron luego además de los primeros, pero que eran designados por los cónsules).